

pués otro, de tronco en tronco hasta llegar así al pié del monte.

—¡Muy bien, Pompeyo; ya estás aquí! ¡Pero ahora vamos a ver cómo subes!

¿Y el libro? ¡Lo había olvidado en el suelo al caer! ¿Quién lo encontraría ahora en la arboleda?

—¡Si no lo encuentro estoy perdido! ¡Arriba, arriba!

Lo encontró por fortuna, después de unas tres horas de afanosa busca; lo encontró, abierto, entre las hojas secas, al pié de un tronco, con evidéntísimas muestras de que un pajarillo se había posado en él para leer, para estudiar, sustituyéndole a él, para digerir de prisa todos los conocimientos aprendidos en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Qué gorrino!

Ganó otra vez la altura, sofocado, descompuesto y desabrochado, en un mar de sudor y con un apetito formidable.

Lunes.

Ante todo, pongamos los libros en su sitio. Las cinco en punto de la mañana: era la hora prefijada. Y Pompeyo Lagúmina, satisfecho, se frotó las manos.

¡Caramba! La mesita era demasiado pequeña para tanto libraco como él quería tener a su

vista y al alcance de su mano. Sin embargo, no cabía en la celda una mesa más grande. ¿Qué hacer? ¡Una idea luminosa, como todas las suyas! Colocarlos en el cajón donde los había traído, y éste sobre dos sillas, al lado de la mesita. ¡Ya está!

Y con mucha diligencia, dispuso los libros por materias; después preparó el papel para las notas, sacó punta a un lápiz negro, luego a otro rojo, y luego a otro azul, para ciertos signos suyos especiales (¡recursos mnemotécnicos!). Y finalmente se sentó para emprender aquella gran preparación.

—¡Lagúmina! ¡Señor letrado!

—¡Jesucristo! ¡Ya están ahí los holgazanes!

Pompeyo Lagúmina resopló, sacudiendo al aire, rabiosamente, los puños. El, de buen grado, les hubiera permitido gritar. Pero ¡qué diantre! Constituía una verdadera indelicadeza lo que con él hacían: nadie de ellos ignoraba que no había ido al *Ermitorio* a divertirse.

—¡Padre Lagúmina!

—¡Padre Prior!

—Y dále con el padre prior! No tenía más remedio que responder, porque no hubieran cesado de llamarle. Además hubieran podido sospechar que aún estaba durmiendo. Se asomó pués a la ventana.

—Señores míos: perdonen ustedes... Estoy aquí

estudiando desde las cinco de la mañana... Ya lo saben ustedes...

—¡Yo no sé nada!— gritó el señor Ardelli, montando sobre el asno. —Me voy a la ciudad, y quiero que me acompañen todos los hermanos hasta la salida de la arboleda.

—No puedo, perdóneme— respondió Lagúmina. —Va usted ya bien acompañado... Déjeme estudiar.

—No admito excusas— respondió Ardelli —Por nada del mundo renuncio al prior.

—¡Pero si el prior es el señor Quagliola!

—Pues si soy yo el prior— dijo éste —le ordeno que baje a acompañar a nuestro hermano limosnero.

—¡Bravo, bravo!— aprobaron los demás,

Y Mesciardi añadió:

—Vamos, señor Lagúmina. . Piense usted en que un buen paseito por la mañana despeja la cabeza y aclara las ideas.

—Verdad es— se plegó a decir Lagúmina, por cortesía, y también... porque indudablemente un buen paseito...

No hizo más que asentir, y ya gritaron a coro los desocupados:

—¡Baje, baje!

Ya no podía negarse. Se retiró de la ventana, resopló otra vez, y bajó.

—Pero, señores, les ruego que nos demos prisa— previno.

—El tiempo necesario para bajar y subir la cuesta.

Pero tanto al descender como al trepar, habló con tal abundancia, incitado por los demás, acerca de las grandes dificultades de las oposiciones, que cuando de nuevo estuvieron en el *Ermitorio* ya era la hora del almuerzo.

Pompeyo Lagúmina se mostró inconsolable. Afirmaba que no quería comer.

—¡Una mañana perdida!

—¡Qué importa!—le dijo Mesciardi.—Paciencia; ya estudiará después.

—Sin embargo, ya saben ustedes que es más provechoso el estudio por la mañana—gritó enojado Lagúmina.—¡Déjenme ir, no me entretengan!..

—Si no come usted,—observó con su acostumbrada seriedad flemática Quagliola—le aseguro que no podrá resistir ese enorme trabajo que se ha propuesto. ¿Verdad, señora Ardelli?

—¡Ya comerá el señor letrado!—concluyó ésta. —No hemos podido prescindir de su alegre compañía; debe usted disculparnos.

—¡Qué dice usted, señora!—exclamó con súbita emoción Lagúmina. —Constituiría para mí una verdadera felicidad disfrutar con ustedes de

estos amables asuetos. Pero bien claramente ven ustedes en qué angustias me encuentro.

—En adelante—añadió la señora Ardelli—no le molestaremos más. ¿Conformes? Pero ahora, coma, se lo ruego yo.

Así es, que aquella mañana, y precisamente por ser grato a la amabilísima señora Ardelli, que con tanta insistencia le rogaba, Pompeyo Lagúmina comió.

Comiendo y charlando, olvidó su enojo y su contrariedad e hizo honor a la cocina; tanto que a duras penas, al terminar, podía levantarse de la silla. ¡A estudiar, a estudiar! Ya no cabía excusa posible.

—¿Ustedes dormirán su siesta, verdad? Yo vuelvo a mis libros; que descansen ustedes.

Y subió a su celda. Iba verdaderamente armado de toda su buena voluntad, y comenzó a estudiar. Pero llevaba en sí, muy singularmente en los párpados, el enemigo invasor: el sueño. Quería resistirle; pero, empeñado en aquella batalla, se dispersaba su atención. Leía sin comprender. Se agitó intranquilo en la silla, y volvió a leer desde la primera página. Y precisamente, al concentrar en la lectura toda su atención, debilitaba el esfuerzo de resistencia. Poco a poco, le invadió el sueño sin que él lo advirtiese; los ojos se le cerraron solos.

Una fuerte sacudida de la cabeza, le despertó

entontecido... Miró alrededor. Vió la cama. ¡Todo era ya inútil! Después de aquella copiosa comida, y con tanto calor, una horita de siesta, una horita nada más, era lo más indicado...

Y se despertó casi de noche.

—¡Dios mío! ¡Qué aspecto tan sombrío el suyo!—le gritó Quagliola desde la esplanada, viéndole a la ventana.—¡Se va usted a matar estudiando, evidentemente!

—Sí, en efecto—refunfuñó Lagúmina, pasándose una mano por la frente y los ojos, como si verdaderamente hubiese estado estudiando hasta entonces, no tanto para que lo creyesen los demás, como por la necesidad angustiosa de engañarse a sí mismo.

—¡Baje, baje! Nosotros ya hemos comido.

—No, más tarde si acaso—respondió Lagúmina.—Ahora he de escribir una cartita.

Y escribió a su querida Sandra que se sentía solo, solo con un perrazo que los viejos frailes no habían conseguido que abandonase la antigua ermita. Y él, en aquella soledad alpina, sentía frío, frío hasta en el alma, tan lejos de ella; y para consolarse estudiaba sin descanso, aún durante la frugal comida que cada mañana le traía un muchacho de una aldea próxima. Sentíase solo en el antiguo refectorio de los monjes, desierto, mientras el viento ululaba fuera, agitaba los árboles añosos de la cumbre, mirado atentamente por el

mastín con sus grandes ojos buenos y llenos de silencio...

Se enterneció hasta llorar, Pompeyo Lagúmina, leyendo su patética carta, sincera en sus mentiras, ya que él, hombre de gran corazón, deseaba ardientemente que fuese verdad todo lo que había escrito. Y bajó poco después a cenar, pensativo, ronco, con un nudo en la garganta.

* * *

Ante el horror que la vista de la cama le inspiraba, después de la traición del día anterior, el martes por la mañana, Pompeyo Lagúmina decidió estudiar en la arboleda, a la sombra, tranquilamente. De este modo, nadie le estorbaría.

Escogió el libro que había de llevarse, tomó el cuaderno de los apuntes, y fué.

Poco después de internarse en la arboleda, un grito reprimido le hizo saltar. Pascualillo, con el rostro encendido, relucientes los ojos, se había echado al suelo boca abajo y le miraba con aire suspenso y sonriente.

Lagúmina sonrió también y le preguntó muy serio:

—¿Estorbo?

—No, en absoluto—respondió, bajando los ojos el joven; y añadió:—¿Ha visto usted, allí?..

—No, tranquilícese usted, no he visto nada.

—Digo que si ha visto usted el espectáculo que en la espesura ofrecen ciertos compañeros nuestros.

—¡Ah! ¿De quién se trata?

—Vaya usted a ese lado, y lo verá...

E indicó un punto en la arboleda. Lagúmina, picado vivamente de curiosidad, encaminóse... Pascualillo le alcanzó, diciéndole:

—Espacio, espacio, de puntillas... No sé si están todavía...

—Pero ¿quienes son?—preguntó de nuevo Lagúmina.

—¿No lo ha adivinado usted aún? ¡El señor Mesciardi y la señora Ardelli!

A Pompeyo Lagúmina se le dilataron los ojos.

—Pero ¿es de veras? ¿Hasta tan grave extremo?

Pascualillo suspiró, frunciendo las cejas y afirmando con la cabeza.

—¡Pobre marido!—continuó Lagúmina.—Ahora comprendo por qué le dedicaron ayer tan gran fiesta.

—¡Se la dedican todos los días!—acentuó Pascualillo.

—¡Qué quiere usted que hagan!—exclamó Lagúmina lanzando un gran suspiro.—¡El sitio es tentador, traicionero! El ocio... la estación... El hombre *hic et haec*, es un animal ¿sabe?.. Una bestia vil... cede, cede... No hay buena voluntad

que le detenga... ¿Me vé usted a mí? Yo había venido aquí expresamente a estudiar... Y esta noticia me ha trastornado totalmente. ¡Es horrible, horrible, no tanto por la traición que la casualidad nos ha descubierto, cuanto por la convicción que nos trae de la común miseria humana, de la debilidad de nuestra naturaleza, expuesta en general a las circunstancias, propicia al desarrollo de los gérmenes del mal en todas sus gradaciones, desde la falta más leve hasta el delito más monstruoso! ¡Ah, la maldad es en nosotros invencible, invencible!

Y siguió en este tono durante largo rato, deslumbrándose él mismo con los destellos de su propio discurso, y casi embriagándose en su voz, feliz, satisfecho de lo original y profundo de las ideas que tan fácilmente afluían a su mente, abrumando al pobre muchacho que no creía merecer trato semejante.

Cuando pudo recobrase de su aturdimiento, Pascualillo preguntó:

—¿Quiere usted que intentemos sorprenderlos?

Pero Pompeyo Lagúmina había olvidado hasta el origen de su disertación; quería recordar lo que había dicho, y no lo conseguía. ¡Qué desesperación! Así era su inteligencia: relámpagos, relámpagos... Capaz en un momento de asombrar al mundo, y en otro, de quedarse confuso ante un chiquillo.

—¿Vamos?

—Vayamos, pues...

Dieron vueltas por la arboleda como dos sabuesos, durante algunas horas, deteniéndose de vez en cuando, suspensos, ansiosos, al más leve ruido, de una hoja seca que caía a distancia. Pompeyo Lagúmina sentíase animado en aquella busca de un espíritu heroico, como si hubiese de salvar a la humanidad de una grande infamia.

—¡Pobre señor!

Pero por más que buscaron, no consiguieron descubrir a los culpables. Y de este modo, también en aquella mañana sonó la hora del almuerzo sin que Pompeyo Lagúmina hubiese abierto el libro.

* * *

A medida que transcurrían los días, tan estériles, cuando no por esta por aquella causa, el desánimo y el remordimiento, por una parte, y por otra una angustiosa inquietud, crecían en el alma de Pompeyo Lagúmina, ante las oposiciones inminentes. Se le hacían los días tan punzantes y molestos, que no podía hallarse sólo en la celda. Hasta se veía obligado a salir de ella para hablar con alguien y distraerse. La vista de todos aquellos libros, de los que ya habría debido leer, al menos una buena parte, se le hacía intolerable.

ble. Toda aquella enorme masa de ciencia política, jurídica, administrativa, se le acumulaba, surgía ante sus ojos como una montaña inaccesible, oprimiéndole el pecho. Salía desesperado a la esplanada, donde aquellos otros seres, felices en la ombría, disfrutaban sus ocios hablando de cosas pueriles.

—¡Necesito aire! ¡Mi cabeza echa humo!

Y bien comenzaba a hablar vehementemente, para aturdirse, o bien enmudecía taciturno, y poco después se escapaba, subía hacia su celda, a estudiar, animándose a sí mismo. Y abriendo de nuevo los libros, reanudaba la lectura. Sin embargo, apenas tropezaba, en las primeras páginas con alguna dificultad, decaecía; y de nuevo, la ansiedad le asaltaba como si sintiese en el estómago un punzante dolor, una rabia angustiosa, desesperante que le atormentaba cruel, feroz contra sí mismo. Se hubiese dado de bofetadas, se hubiese arañado la cara; y rezongaba, con los codos sobre la mesita, la cabezota entre las manos, agarradas fuertemente a los cabellos.

—¡Qué culpa tiene el pobrecillo!—decía entretanto Quagliola a los compañeros sobre la esplanada, cuando estaba seguro de que su hijo no le podía oír.— ¡Qué culpa tiene él, si es la naturaleza la que le ha dotado de ese cuerpo prepotente que ansia comer y dormir, y que una vez satisfecho no es capaz de percibir ningún conocimiento, aunque

el mundo se viniese abajo! Se le cierran los ojos, y ¡buenas noches! ¿Podría tenerlos abiertos a la fuerza? Cuando no se puede, todo es inútil...

Y por un sentimiento de caridad hacia el prójimo, Quagliola, con sus compañeros, llegábase bajo las ventanas de Lagúmina y le llamaba, para que él pudiese achacar a los demás la culpa de su tiempo perdido, y para ofrecerle también un pretexto de sustraerse sin remordimiento a su martirio.

—¡Necesito estudiar!. . . —declaraba cada vez el desdichado, asomándose a la ventana.

—¡Eso está bien, muy bien!— le respondían desde la esplanada Mesciardi, Quagliola o Picinelli. —Pero baje usted un momento... ¡qué diantre! Respiremos unos minutos. Precisamente le necesitamos. Queremos que disipe usted nuestros temores.

Y fingían creer en el esfuerzo de preparación de que él les hablaba, animándole.

—¡Bravo, bravo, señor letrado! ¡Ya hemos llegado a puerto de salvación! ¡Ahora, un ligero descanso!

Pompeyo Lagúmina mostrábase muy agradecido ante el momentáneo alivio que le brindaban tan dulces palabras. Se le henchía el corazón de ternura, y hasta por detrás de los lentes asomaban las lágrimas. (¡Los hubiera besado!) Y, en cambio se irritaba contra ellos, y aún llegaba a

odiarlos, cuando olvidándose de él le abandonaban solo en la celdita sin estorbarle. Se asomaba entonces a la ventana para que le viesan, aunque no le llamasen, y tendía irresistiblemente el oído para sorprender alguna palabra de sus diálogos, murmurando:

—¡Por qué no hablarán más bajo! ¡Animales, egoistas! ¡Bien está que se diviertan durante el verano, pero podrían irse más lejos con sus charlas! ¿No saben que hay aquí un pobre hombre, estudiando hasta matarse?

* * *

Y así llegó el tercer domingo de aquel mes, precisamente en el cual se inauguraba el juego de las Gracias, con aros y baquetas traídos por el demonio tentador del señor Ardelli, como inocente pasatiempo para los pobres monjes del *Ermitorio*.

Entre las señoritas llegadas aquel día, ninguna mostraba destreza en el juego de las Gracias, y la señora Ardelli no conseguía enseñarles el modo de lanzar el aro para recogerlo después al vuelo con la baqueta. Pompeyo Lagúmina, distraído continuamente por las explosiones de risa de las jóvenes, se había asomado muchas veces furibundo a la ventana. Ni siquiera habían respetado el día festivo, en que él se negaba a concederse vacaciones.

—¡Quiero ver quién puede más!— habíase repetido aquella mañana al levantarse.

¡Pero cualquiera trabajaba con el bullicio de la esplanada! . . Y más de una vez, asomado a la ventana, participando con la mirada, involuntariamente, en aquella nueva diversión, había sentido comezón en las manos, porque a pesar de su miopía era habilísimo en el juego de las Gracias. Por fin no pudo contenerse, y gritó:

—¡Pero si no es así, no es así, señoritas!

Volviéronse todas a mirar hacia la ventana, y la señora Ardelli le rogó insistentemente que bajase a aleccionarlas.

—¡Bajaré, pero cinco minutos tan solo!— accedió Lagúmina.

Hacía ya una hora que, sudoroso y entre las exclamaciones del alegre tropel de señoritas: «¡Así! ¡eso es! ¡allá va!», adiestraba Lagúmina a sus discípulas, cuando al lanzar un aro, entre vivas y aplausos...

¡Fué como un rayo en un cielo sereno!

Pompeyo Lagúmina quedó petrificado, con dos baquetas en alto y el aro, obedeciendo al impulso de la mano que lo lanzaba, fué a insertarse sobre la frente como una corona. Rieron todos, y rió hasta él, intentando dominarse, y corriendo hacia Sandrita y su madre, que le estaban observando muy calladito, con los impertinentes, en la esplanada.

- ¡Que deliciosa sorpresa!
 — ¡Embustero!
 — ¡Enredador!
 — ¡No, no! ¿Por qué dicen ustedes eso?
 — ¡Títere!
 — ¡Payaso!
 — ¡Sandrita, Sandrita mía! ¡Pero óyeme!
 — ¡Márchese!
 — ¡Avergüéncese!

No quisieron dejarle hablar; se negaron a admitir excusas: apenas abría la boca, le disparaban a quemarropa un insulto, cada una. Después volviéronle las espaldas y bajaron el monte sin descansar siquiera un momento, sin beber tan solo un sorbo de agua.

Pompeyo Lagúmina se encerró en su celdita y se echó sobre la cama largo rato, en lúgubre atonía, de la que él mismo, en cierto instante, llegó a asustarse. En aquél vacío pavoroso, en aquella terrible suspensión de su vida interior, una cruel idea le asaltaba, contra la que él, desfallecido, perdido, no podía rebelarse... Recordó el relato que el señor Lanzi había hecho algunos días antes, acerca del suicidio de un pobre guardia civil que, el invierno último, se había matado arrojándose desde las rocas de aquella montaña, por el lado de poniente... ¡Horrible muerte!

Pero al fin las risas de aquellas señoritas en la esplanada vinieron a sostener su ánimo, y pudo

sustraerse a la espantable pesadilla. Se levantó de la cama, y decidió escribir una larga carta de explicación a Sandra. Sin perjuicio de meditar de nuevo sobre sus propósitos violentos una vez recibida la respuesta de su novia.

Era natural que durante aquellas horas de tremenda espera no pudiese estudiar. ¿Y quién hubiera podido hacerlo, en semejante situación de espíritu?

Descendía angustiado, fúnebre, a comer, sin darse cuenta de lo que hacía. Después, subía a su celda y se lanzaba de nuevo sobre la cama, hallando sólo en el sueño algún alivio.

Dos días después llegó la respuesta, pero no la de Sandrita.

Le escribía la madre, diciéndole que le había bastado a su hija el espectáculo indecente presenciado aquel día para corregirse y otorgarle finalmente su acquiescencia al cuerdo y antiguo consejo de que aceptase la mano de su primo Mimmino Orrei, que inmerecidamente había rechazado ella. Toda relación entre Sandrita y él, quedaba rota para siempre.

Pompeyo Lagúmina se precipitó hacia la esplanada con la carta en la mano. Tenía el alma como ebria de despecho; pero el cuerpo gigantesco triunfaba en la recobrada libertad, como si le hubiesen quitado del pecho un enorme bloque.

— ¡Albricias, señores, albricias! — gritó a sus

desocupados amigos. — ¡Se acabó el estudio! ¡Ya no me presento a las oposiciones! ¡Desde este momento puedo aceptar el cargo de prior! Vamos a ver, camareros: ¿qué dais de comer hoy a esta cofradía de los alegres?

Todos los miércoles grandes aprestos de liebres, perdices, faisanes y pavos, ternera asada y asados capones, y todo delicado manjar...

UN CONVIDADO